

Luis Miguel Pino Campos

Universidad de La Laguna  
lpino@ull.es

## *El magisterio de Ortega en María Zambrano. Las cartas a Pablo de Andrés Cobos*

### Resumen

María Zambrano habló de su maestro Ortega y Gasset en numerosos cursos y conferencias y escribió sobre él en libros, artículos, ensayos y cartas, unas dirigidas al mismo Ortega y Gasset, otras dirigidas a otras personas. En este estudio el autor analiza y comenta las referencias a Ortega contenidas en las cartas publicadas entre María Zambrano y Pablo de Andrés Cobos, en las que se aprecia el afecto y la deuda de Zambrano con su maestro, así como las diferencias que separaban la filosofía de Ortega de la que ella desarrolló.

### Abstract

María Zambrano spoke about her master Ortega y Gasset on the occasion of many courses and lectures. Moreover, she wrote about him in books, essays and she addressed to him several letters. Even, she addressed letters about him to other people. In this paper, the references to Ortega y Gasset included in the letters between María Zambrano and Pablo de Andrés Cobos already published are commented on. Its content shows her affection for Ortega y Gasset and her debt of gratitude as well as the differences between the Ortega y Gasset's thought and her own philosophy.

### Palabras clave

Filosofía, Ortega y Gasset, María Zambrano.

### Keywords

Philosophy, Ortega y Gasset, María Zambrano.

1. Pino Campos, L.M., «María Zambrano, discípula de Ortega», en Ortega Muñoz, J.F., et al., *María Zambrano. Raíces de la cultura española*, Madrid, F.F. Rielo, 2004, págs. 187-308. *Estudios sobre María Zambrano: el magisterio de Ortega y las raíces grecolatinas de su filosofía*, s. p. Univ. La Laguna, Tenerife, 2005, págs. 33-126 [ampliamos varios capítulos del anterior; suprimimos el índice de citas]. «El magisterio de Ortega en los epistolarios de María Zambrano», en Fresco, I., Velasco, F., y Zamora, J. (eds.), *La audacia de la Libertad. Homenaje a Agustín Andreu*, Valencia, Pre-textos, 2009, págs. 341-370 [me ocupo de *Cartas de La Pièce*]. «Ortega en los

Hemos analizado el magisterio de Ortega y Gasset en María Zambrano en cuatro estudios anteriores,<sup>1</sup> en los que hemos descrito los diferentes aspectos de esta relación discipular a través de sus textos. Hemos distribuido nuestra exposición en tres apartados: cartas de Zambrano a Ortega, escritos publicados en libros y revistas (ensayos, conferencias, cursos y artículos) y cartas publicadas de Zambrano a distintas personas.

Dado el elevado número de testimonios reunidos en esos estudios, podría parecer innecesario analizar los textos inéditos que siguen apareciendo o los textos que, anteriormente publicados, no había-

mos tenido ocasión de leer, como son algunos de los veintisiete ensayos publicados en Italia y reunidos por Francisco José Martín,<sup>2</sup> o las cartas inéditas entre Zambrano y Pablo de Andrés Cobos.<sup>3</sup> Si bien ese magisterio está claro en los límites que hemos expuesto anteriormente, es decir, Zambrano adquiere sus fundamentos filosóficos a partir de las enseñanzas recibidas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid por parte, entre otros profesores, de José Ortega y Gasset, catedrático de Metafísica; también es cierto que ella había oído hablar de Ortega y había leído su primer libro y otros escritos antes de conocerlo personalmente como profesor. Esas enseñanzas de Ortega han de ser entendidas como los fundamentos de su formación filosófica y punto de partida para el desarrollo de su propio pensamiento, pero no, claro está, como el único ingrediente de esa formación. E interesa seguir este estudio a través incluso de las cartas personales entre María Zambrano y sus destinatarios, porque en ellas se expresa con una libertad menos condicionada que en sus escritos destinados a pública lectura.<sup>4</sup>

Otros analistas de su obra han propuesto «influencias» formativas diferentes, como son las de Unamuno, Galdós, Antonio Machado, Nietzsche, Landsberg, etc., a los que ella menciona y reconoce como escritores de distintos ámbitos que han enriquecido su formación. Esas influencias son evidentes, pero no debemos confundir las posibles influencias recibidas en las ideas desarrolladas por Zambrano a lo largo de su trayectoria con la «formación filosófica aprendida» y asimilada en sus fundamentos iniciales y esenciales. Dicho en otros términos: sin Ortega y Gasset no habría sido posible la aparición de la «razón poética» de Zambrano, por mucha lectura de Unamuno, de Antonio Machado, de Galdós y de otros autores que ella hubiera realizado; dicho esto, hay que completar la afirmación anterior, diciendo que en su orientación «poética», artística y, en general, humanística, tuvieron una importancia especial las obras de Unamuno y de Antonio Machado, Velázquez y Goya, Séneca, Plotino, Homero y Sófocles, etc.; una amplia y profunda huella que fue marcando el rumbo de su pensamiento y modelando los contornos de su obra.

No cabe duda de que percibimos en su obra las influencias que le hacen reflexionar y orientar sus inicios filosóficos desde un raciovitalismo hacia una más personal «razón poética», que aspira a ser universal y que ella desarrolla en cierto distanciamiento del pensar orteguiano, pero no «opuesto» o «contrario». La conocida anécdota relativa a la sorpresa de Ortega al leer «sobre la marcha» el excelente artículo titulado «Hacia un saber sobre el alma» y que tan grave disgusto produjo a María Zambrano —anécdota que tantas veces ella recordara en algunos ensayos y cartas (la carta trigésimo séptima de las recogidas en el libro *De ley y de corazón* es un ejemplo)—, tuvo para ella «en ese momento» el significado de una ruptura total con el maestro, lo que no sucedió de ningún modo como tantas pruebas lo demuestran al seguir ella asistiendo a los

epistolarios de María Zambrano», en Sánchez-Gey Venegas, J., et al., *María Zambrano. Razón poética: nuevos senderos de convivencia*, Madrid, F.F. Rielo, 2011, págs. 97-149 [me ocupo de otros epistolarios].

2. Martín, F.J., *María Zambrano. Per abitare l'esilio. Scritti italiani*, Florencia, Le Lettere, 2006.

3. *De ley y de corazón. Historia epistolar de una amistad. María Zambrano Alarcón - Pablo de Andrés Cobos. Cartas (1957-1976)*, edición de Andrés Castellanos, S. de y Mora García, J.L., Madrid, Universidad Autónoma, 2011 (Soledad de Andrés Castellanos es hija de Pablo de Andrés Cobos).

4. Véanse nuestros estudios de 2009 y 2011.

5. Zambrano, M., «Hacia un saber sobre el alma», *Revista de Occidente*, 138, diciembre 1934, págs. 261-276.

6. Viñalet, R., «María Zambrano en la Institución Hispano-Cubana de Cultura», en Beneyto, J.M.<sup>a</sup>, y González Fuentes, J.A. (eds.), *María Zambrano. La visión más transparente*, Madrid, Trotta, 2004, págs. 545-559.

7. Lecciones inacabadas por cuanto que son solo versiones –a modo de borradores– de unos cursos, y no una exposición plenamente madurada comparable a las habituales de sus libros *Meditaciones del Quijote*, *La rebelión de las masas* o *El tema de nuestro tiempo*. Igual que con la «razón histórica» sucede con *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*, que es una obra inacabada y que fue publicada póstumamente con arreglos de los editores. Remitimos a la nueva edición de José Ortega y Gasset, *Obras completas*, Madrid, Taurus, 2004-2010. En el vol. X hay una relación alfabética de los escritos de Ortega con indicación de volumen y páginas.

cursos, seminarios y conferencias de Ortega y a las visitas que ella misma le hizo.

Las palabras de Ortega hay que entenderlas en aquel contexto: una alumna de doctorado, que seguramente estaba ya elaborando una tesis sobre Spinoza bajo su dirección, que impartía clases en la facultad como profesora ayudante o suplente, que aún no había superado el filtro de un tribunal de tesis doctoral, le presenta al maestro un artículo original, excelente y personalísimo sobre el alma para publicarlo en «su» *Revista de Occidente*, en el que aborda una cuestión tan compleja, sobre la que él mismo había escrito años antes –cuando contaba más de cuarenta años– unos ensayos, en los que no había podido abordar el tema del alma de ese modo tan directo como lo hacía su discípula. Por eso la extrañeza de Ortega y su respuesta displicente que debió sonar a algo parecido a lo de que «está usted en los comienzos del pensar filosófico y se ha atrevido con un tema tan filosóficamente complicado», esto es, debió querer decirle que había escrito un ensayo sobre un tema de inmensa complejidad filosófica, cuando lo habitual era escribir sobre ese tema después de tener una larga experiencia en la filosofía. Y a pesar de ese disgusto del mismo Ortega con su alumna, él publicó el artículo tal cual ella lo entregó, pasando por las habituales correcciones de pruebas.<sup>5</sup> En resumen, disgusto, llanto y enfado de Zambrano, pero el maestro publicó el artículo de su alumna en la revista que él dirigía y que tanto prestigio intelectual tenía, y ella siguió sus enseñanzas hasta que a finales de julio y principios de agosto de 1936 se vieron –casi se vieron, según testimonio de uno de sus hijos– por última vez a propósito de solicitar su firma en un documento de solidaridad de los intelectuales españoles con la cultura. Y no solo eso, en octubre de 1936, en una escala en La Habana cuando se dirigía a Chile, daba en el *Lyceum* una conferencia sobre la filosofía del maestro, presentada por Antonio de Bustamante y Montoro, y en 1939 volvió a dar otra sobre Ortega en la misma ciudad y en el mismo foro, con ocasión de otra escala, cuando ya en el exilio se dirigía a México.<sup>6</sup>

Aunque no es este el tema de nuestro presente estudio, es cierto que habrá que analizar hasta qué punto Zambrano llegó a comprender el significado de la llamada «razón histórica» que Ortega expuso como lecciones inacabadas en varios cursos.<sup>7</sup> El enunciado de que «el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene historia», fue la intuición expresa para que él llegara a hablar en su aula madrileña y a escribir para sus cursos bonaerense y lisboeta acerca de una nueva «razón histórica», que ni negaba la razón vital ni disminuía su importancia. La razón histórica de Ortega es un avance desde la razón vital, una suma, de ningún modo una sustitución. En cambio, deducimos por algunos comentarios de Zambrano que ella no lo entendía del mismo modo que Ortega lo explicaba; la misma Zambrano afirma haber visto escrito sobre una de las carpetas de Ortega el título de un futuro libro que se llamaría «aurora de la razón histórica», que nunca

se publicó. ¡Qué cambios no habría en Ortega que precisamente en el citado libro inacabado sobre Leibniz y en otros escritos de los años cuarenta y cincuenta, vuelve, pasados más de veinte años, a ideas «aparcadas» por otras más urgentes, ideas como la metáfora, el mito, la poesía, la intuición, etc., de las que Zambrano no se alejó nunca!

Imitando aquella conocida imagen orteguiana de la órbita elíptica que describen los planetas alrededor del sol,<sup>8</sup> podemos decir que Ortega se alejó de sus iniciales senderos reflexivos hasta el punto de que parecía un viaje sin retorno, pero en un momento dado, cuando ya no se esperaba regreso alguno, una leve inclinación de su eje magnético, de su reflexión filosófica, hizo que la trayectoria seguida «aparentemente hacia el infinito» girase sobre sí misma y cambiara su rumbo en dirección al punto inicial. Sin metáforas lo ha explicado muy bien Javier Zamora Bonilla en su biografía de Ortega.<sup>9</sup>

En la doble cuestión de hasta qué punto Zambrano seguía las enseñanzas del maestro y a partir de qué otro punto elaboró su propio pensamiento, se enmarca nuestro continuado análisis de este magisterio tan singular de Ortega en Zambrano y que lo distingue del magisterio recibido por otros conocidos discípulos, desde Zubiri a Julián Marías. La edición de las cartas conservadas entre Zambrano y Pablo de Andrés es de gran interés por cuanto nos presenta la correspondencia casi completa habida entre ambos –algunas cartas se perdieron–, vecinos de Segovia, donde ella vivió desde 1910 a 1926; él había nacido en La Cuesta (Segovia) el día primero de junio de 1899, y se trasladó a la capital segoviana para su formación y estudios en la Escuela de Magisterio, donde recibiría clases de don Blas Zambrano, padre de María, del que se consideró discípulo durante toda su vida.

Las cuarenta y una cartas de María Zambrano y las treinta y dos de Pablo de Andrés (otra, la trigésimo tercera, fechada en 1976, es de su esposa Enriqueta Castellanos) ofrecen testimonios que hacen de la edición un documento de primera importancia, como los referidos al doctor Gustavo Pittaluga, a la coincidencia percibida en 1965 de su ensayo *Claros del bosque* con un libro de Heidegger *Caminos de bosque*, a su cambiante relación con el primo Rafael Tomero, a la secuencia de la enfermedad de su hermana Araceli, a sus lecturas en el exilio, a sus frecuentes relaciones con personas del interior y del exterior de España, a las visitas que recibía de españoles, etc. Pero el que más interés ofrece es aquel que se desarrolla en las cartas vigésimo octava y trigésima, porque asistimos por segunda vez en sus respectivas vidas a la defensa de Ortega por parte de María Zambrano frente a la crítica severa de Pablo de Andrés Cobos, divergencia esta segunda vez, que no agría ironía y disparidad política como había ocurrido cuarenta años antes en noviembre-diciembre de 1930; esta nueva divergencia aparecía escrita en medio de una carta, con respeto mutuo, después de que él le hubiese solicitado a Zambrano un comentario de uno de sus libros;<sup>10</sup> ella lo haría efectivamente

8. Ortega y Gasset, J., «Dios a la vista», *Obras completas*, vol. II, pág. 605.

9. Zamora Bonilla, J., *Ortega y Gasset*, Madrid, Taurus, 2002, pág. 469.

10. Andrés Cobos, *Juicios y figuras*, Madrid, Ancos, 1970, págs. 31-49.

11. Mora, M., «María Zambrano. Tres cartas de juventud a Ortega y Gasset», *Revista de Occidente*, n.º 120, mayo 1991, págs. 7-26. Y Robles Carcedo, L., «A propósito de tres cartas de María Zambrano a Ortega», *Philosophica Malacitana*, IV, 1991, págs. 231-248.

12. La reseña «El liberalismo» es reproducida en la edición de M. Mora, o.c., 1991, págs. 17-18.

13. *Horizonte del liberalismo. Nuevo liberalismo*, Madrid, Morata, 1930.

después de haberlo recibido y leído, elogiando lo elogiable y mostrando su desacuerdo con parte de los juicios publicados por Pablo de Andrés sobre Ortega.

De aquella primera polémica de María Zambrano con Pablo de Andrés tuvimos conocimiento gracias a que tres cartas de María Zambrano dirigidas a Ortega entre los años 1930 y 1932 fueron publicadas en dos ediciones el mismo año por M. Mora y L. Robles.<sup>11</sup> Me he ocupado de las cartas y del contenido de la reseña publicada por Pablo de Andrés<sup>12</sup> en mis estudios de 2004 y 2005. Séame permitido añadir a lo dicho entonces que fueron redactados en la circunstancia de ignorar por mi parte que María Zambrano y Pablo de Andrés se conocían desde sus tiempos juveniles vividos en Segovia, circunstancia de amistad que permite comprender el tono de confianza y hasta de familiaridad con la que Pablo de Andrés criticaba en los dos primeros párrafos el contenido orteguianamente liberal del libro que la joven Zambrano acababa de publicar;<sup>13</sup> una crítica cargada de cruda sátira que se desprendía desde la misma titularidad periodística en la que la reseña se publicaba, *El Socialista* (2-II-1930): socialismo frente a liberalismo. La relectura de aquella reseña y de la segunda carta de Zambrano a Ortega —escrita al día siguiente, 2 de noviembre— encuentra ahora, tras la publicación de esta correspondencia epistolar, más significaciones, porque nos ha permitido adquirir conciencia de esa amistad y, sobre todo, porque comprobamos que varias décadas después cada uno permanecía en sus posturas anteriores con respecto a la valoración de Ortega, no así respecto a sus posiciones políticas. En efecto, ahora puede el lector comprender mejor que Pablo de Andrés denominara a María Zambrano, con sorna, «esta señorita», que, encajada en una intencionada frase irónica como la de «es seguro que se habrá preguntado... ¿qué debe hacer un filósofo?», nos pareció hace siete años y nos parece ahora aún más un trato despectivo; lo mismo que más adelante, cuando la define con la misma carga de ironía como «esta devota discípula del filósofo Ortega», o líneas más abajo, «discípula devotísima», lectora de *El Espectador* y del periódico *El Sol*. Y está claro que lo que Pablo de Andrés escribe al final de su segundo párrafo sobre la primera carta (II-2-1930) de Zambrano a Ortega, lo hace porque, previamente a la reseña, Zambrano le había comentado o leído el contenido de aquella carta. Del mismo modo comprendemos mejor ahora que Pablo de Andrés pudiera escribir en la segunda parte de la reseña algunas frases más elogiosas, como el que Zambrano «oye y mira en todas direcciones», citando a Ortega, Unamuno, Cossío, Marañón, Jiménez de Asúa, Besteiro, etc. Y Pablo de Andrés dice una frase que, sin quererlo y a modo de presagio, marcaría la vida de Zambrano en su prolongado exilio, por lo que entendemos que habría que destacarla más aún: «vivir es errar», un errar de «errante», de vagabundo, no de «equivocarse» como deducimos claramente del contexto: «María Zambrano... cree en la vida, y vivir no es detenerse; vivir es errar». Mas ocupémonos ahora solo de las cartas recientemente publicadas y en el orden en que aparecen.

En la carta quinta (Roma, 5-2-1964), Zambrano le comenta a Pablo que acababa de recibir su libro (1963) sobre Antonio Machado<sup>14</sup> y que lo ha leído sin parar hasta terminarlo; tras felicitarlo, se alegra por dos coincidencias en sus comentarios, una referida a «Abel Martín» y otra a «Hoy es siempre todavía». Entre los comentarios incluye una referencia a Machado y a su padre, que eran «hermanos» en su religiosidad heterodoxa, porque los dos eran «personas religiosas» que vivían fuera de su propio ámbito, con la diferencia de que Antonio Machado tuvo el «descubrimiento» de «Abel Martín» y de «Juan de Mairena», sus dobles, como modo de manifestarse a sí mismo, porque en aquella época no era posible ni de buen gusto presentar conflictos ni cuestiones de religión. Por eso Unamuno rompía el habitual recato y buen gusto de la sociedad española de aquel tiempo, mientras que Ortega y las otras dos personas aludidas, su propio padre y Antonio Machado, guardaban la compostura. Dice así el pasaje (todas las citas son de la edición de sus cartas de 2011, citada en la nota 3):

Solo Don Miguel de Unamuno tuvo valor y aun descaro, el descaro de un europeo –que lo era más que Ortega, Machado y mi padre– de sacar a relucir sus entrañas religiosas. Le era más fácil también, por ser su religión pues... eso, europea, cristiana afín al luteranismo, digamos paulina en todo caso (pág. 98).

Más adelante, en la misma carta vuelve a recordar a Ortega cuando le dice a Pablo que hay cosas en el libro que acaba de leer, que basta con señalarlas, en referencia a las conexiones de la metafísica machadiana con otras metafísicas vigentes, tras lo cual escribe:

Me parece que Bergson haya influido en Machado más que ningún otro. Y nada o casi Ortega, y usted con buen gusto no lo dice. Y hace bien. Muy atinado me parece la señal que usted da de ir al Timeo para que se esclarezcan, en lo posible, ciertas dimensiones últimas de la metafísica poética de Machado. Él era gran lector de Platón, cosa que sé por mi Padre, que lo era (pág. 101).

Y una tercera referencia a Ortega aparece, después de indagar sobre la identidad femenina que había tras el nombre poético de Guiomar y antes de adentrarse en unas reflexiones sobre la afinidad de su padre para con las personas desprovistas de inteligencia; aprovechando el envío de una separata sobre Ortega,<sup>15</sup> Zambrano le dice:

Espero que entrevea a lo menos y quizás más, la razón que me ha llevado a dedicar a la memoria de mi Padre mi ensayo sobre «El idiota» que ayer le envié junto con unos recuerdos de Ortega (pág. 102).

La sexta carta (La Pièce, Francia, 15-12-1965) contiene unos comentarios relativos a varios libros de Zambrano,<sup>16</sup> entre los que incluye su desánimo por los incumplimientos de ciertas editoriales que no publicaban sus escritos, a veces después de habérselos encargado; entre

14. Andrés Cobos, *Humor y pensamiento de Antonio Machado en la metafísica poética*, Madrid, Ínsula, 1963.

15. «Un frustrado *Pliego de cordel* de Ortega y Gasset», *Papeles de Son Armadans*, n.º 89, agosto 1963, págs. 187-196.

16. *Pensamiento y poesía en la vida española*, México 1939; *España, sueño y verdad*, Barcelona, Edhasa, 1965; *El sueño creador*, Xalapa, México, 1965.

17. En el pasaje he trasladado la coma que va detrás de «ser» y la he puesto tras el adverbio «justamente», con el fin de dar coherencia al pasaje, porque puntuado como está en el libro resulta contradictorio: «... rescatar el «ser», justamente criticado implacablemente...». El citado Rafael [Tomero Alarcón] es un primo de María.

18. Así en pág. 115 se refiere a «Los sueños de María Zambrano» que Aranguren publicó en *Revista de Occidente*, nº 35, febrero 1966, págs. 207-212; o cuando Pablo de Andrés critica a los «menores», aquellos nuevos autores que han estudiado la obra de Ortega, pero que juegan a estar en los dos bandos, como considera a Aranguren: «Porque se está generalizando entre estos menores que el exilio deslumbró la estulta manía de erigirse en casta social superior, con el lujo de ni siquiera contestar las cartas de los parias» (pág. 116), a lo que añade: «Quiero decir que sin el exilio no hubieran llegado ni a casi menores. Estos menores que hasta han intentado confesionalizar a Ortega para jugar a gusto en los dos paños; pero sobre todo en el de cerca, en el que está la pesebrera» (pág. 120). Sea dicho como complemento de los «menores», que se designaban «mayores» a los que habían nacido y estudiado con los de la generación del 98 y con Ortega.

19. Pablo de Andrés se declara culpable de impertinencia y reconoce su exageración en otros detalles como el de pretender salvarlo «del lodo en que se revolcaba el profesorado universitario español» para elevarlo a la condición de «creador de conciencia colectiva», a la misma altura que Giner, Cossío, Ortega, Unamuno, etc. Pero, además, había enviado a Aranguren, junto con la carta de gratitud, un ejemplar dedicado de su propio libro, *Ocios sobre el amor y la muerte*, con la intención de felicitarlo entusiásticamente por su rebeldía universitaria.

20. Dice Pablo de Andrés: «Y esto es lo verdaderamente triste, querida María, que yo quise sacarle a Aranguren del lodazal y él se me negó. Yo puse en él una ilusión redentora... que se marchitó inmediatamente. Parece que también en Méjico ha dejado desilusionadas a las gentes. Y tampoco es verdad que el hambre le justifique, pues Aranguren es rico y tiene ingresos altos a mano tan pronto como los quiera. Lo que ocurre es que quieren [en plural, referido a los menores, entre los que ahora incluye también al mismo Aranguren] la comodidad de que han venido gozando hasta ahora, compatible con jueguecitos a ser liberales. Del Régimen y de Ortega al mismo tiempo, aunque para ello hayan de declarar católico a Ortega» (pág. 126).

ellas cita *Índice y Revista de Occidente* e, igualmente, alude a *Papeles de Son Armadans*, cuando lamenta que Cela no hubiese publicado un artículo que hablaba sobre ella y que ella misma le había enviado con el ruego de su publicación. Aparecen a continuación unas palabras referidas a su diferencia con Ortega en relación con el «ser», pero lo hace con tal precaución que parece no querer poner en evidencia su discrepancia con la implacable crítica que le había hecho su maestro cuando expuso su «razón vital». Dice el pasaje:<sup>17</sup>

No sé si Rafael le contaría lo que me hicieron en la Revista de Occidente. Mas ahora José Luis Aranguren les ha dado ya un artículo sobre este libro y el que apareció en México este verano «El sueño creador», y lo van a publicar, según dicen. [...] Mas mi empeño es rescatar el «ser» justamente, criticado implacablemente en la Razón Vital orteguiana. Creo sea visible, aunque yo, por no enfrentarme con el pensamiento de mi Maestro, haya omitido declaraciones críticas. Claro está que no he omitido nada de lo que yo he ido encontrando. Comprendo que desorienta a muchos el encontrar en alguien discípulo de Ortega un pensamiento acerca del ser, de la sustancia, de la identidad... tan diferente. De haber «avisado» les sería más comprensible (pág. 112).

Varias alusiones de Zambrano y de Pablo de Andrés a la *Revista de Occidente* aparecen en las cartas; entre ellas, la referida a un segundo comentario de Aranguren sobre un libro de Zambrano (pág. 127), a la publicación parcial de «La tumba de Antígona. (Fragmento)» (pág. 131), o cuando Pablo de Andrés le comunica a Zambrano que han publicado algunos estudios sobre ella o de ella.<sup>18</sup> Tras responderle Zambrano en carta del 29-12-1966 que no le ha parecido bien el tono y el contenido de una primera carta a Aranguren (pág. 122) ni su enfado porque este no le hubiera contestado, Pablo de Andrés le responde el 4-1-1967 (pág. 125) que él había escrito aquella primera carta a Aranguren en agradecimiento por haber redactado el comentario sobre el libro de Zambrano en la *Revista de Occidente*.<sup>19</sup> A veces algunas intenciones ocasionan efectos nocivos inesperados, como cuando tras haber querido salvar del lodazal a Aranguren, lo hunde por no haberle respondido.<sup>20</sup>

En sus respuestas epistolares María Zambrano, con una ternura de profunda amistad, matiza, modera y hasta censura algunas opiniones y reacciones de Pablo de Andrés comunicadas en sus cartas, o bien le aclara que lo publicado sobre Antígona en la *Revista de Occidente* es solo una parte de su «Prólogo a *La tumba de Antígona*» (pág. 133), pues este drama filosófico saldría publicado en libro (México, Siglo XXI, 1967). En esa carta décima del 30-3-1968 lo trata con un afecto muy cordial, cuando le dice que le enviará un ejemplar de este libro cuando los reciba, porque «le tengo presente entre los amigos *de ley y de corazón*, y entre los lectores perspicaces», frase *de ley y de corazón*, en la que se recoge la expresión que da título a esta correspondencia epistolar de Zambrano y Pablo de Andrés.

Ejemplo de ese afecto aparece también en la carta undécima, del 28-4-1968, donde vuelve a poner de manifiesto el sentido de su profunda relación afectiva por encima de cualquier disparidad con Ortega y Gasset. Los editores avisan de que hay una frase tachada en la carta pero que es fácilmente legible, lo que nos autoriza a reproducirla por el significado que representa en este estudio.<sup>21</sup> Dice así:

[Te invito a que pienses un momento en mi discipulaje de Ortega.] Sí, en aquellos trágicos momentos tanto el marido de Ara como el mío, hicieron todo lo que fue necesario por Ortega. Y por otras personas... Y el salir yo en su defensa me costó ser denunciada en Claridad por un «compañero» de la Universidad. Me salvó la vida Ogier Preteceille que no me conocía, que por azar leyó la hermosa «Crónica» y tachó mi nombre. Si no lo hace, media hora después de la salida del sol [tal] cotidiano, yo hubiera ido a reunirme con otras víctimas inocentes de la ferocidad, de la envidia que en ambos lados floreció, de esa criminalidad escondida que aprovecha la ocasión (págs. 136-137).

María Zambrano habla de su marido, Alfonso Rodríguez Aldave, con el que contraería matrimonio el día 14-9-1936, y del marido de Araceli, su hermana. El primero recibiría el encargo de la Secretaría de Embajada en Santiago de Chile, hacia donde partiría el nuevo matrimonio a los pocos días.<sup>22</sup>

En la carta décimo sexta, del 29-1-1969, Zambrano compara a sus profesores Zubiri y Ortega a partir de unos comentarios que Pablo de Andrés iba a publicar. La figura del maestro vuelve a brillar en sus palabras que dicen:

Hace falta el espejo, el espejo de la verdad: pensamiento, arte, gracia, inspiración, todo a base de una radical honestidad. Esta última no me falta, mas lo demás... Sí; Zubiri fue siempre así, lejano, más aún, inaccesible, mas yo le debo el principio del conocimiento de Aristóteles y de Platón, y de la Escolástica muy seriamente –en especial A.[ristóteles] y Pl.[atón]–, lo que es en filosofía absolutamente indispensable. Ortega no. Ortega estaba lleno de caridad intelectual: pensaba para los españoles, se hubiera metido dentro de sus cerebros para aclarar su pensamiento. Y esto es lo que yo no olvido de él y no ya como discípula suya, sino como simple habitante de España. Es lo que me duele que no se le tenga en cuenta. ¿No te envié o no conoces mi «Un frustrado pliego de cordel de O. y G.»? Dímelo, pues que creo tengo aún alguna separata –Papeles de Son Armadans (págs. 158-159).

En la carta vigésimo cuarta, del 20-10-1969, María Zambrano empareja a Pablo de Andrés Cobos con Ramón Gaya, porque ambos eran críticos con Ortega. En efecto, Gaya criticaba los comentarios filosóficos que Ortega hizo de algunos cuadros de Velázquez y en este punto en concreto Zambrano está de acuerdo con su amigo Gaya. El pasaje dice así:

21. [Ponemos entre corchetes lo que está tachado y corregimos las hoy consideradas faltas ortográficas que se deslizan al pasar a máquina el texto; corregimos «tal» por «sol» al entender que se trata de una errata y tras haberlo consultado con los propios editores, quienes amablemente me han aclarado esta y otras dudas; por ello y por la edición les estoy muy agradecido.]

22. El marido de Araceli aquí aludido tiene que ser no exactamente su ya entonces (ex) marido, llamado Carlos Díez Fernández, del que se había divorciado pocos días antes del 18 de julio de 1936, sino Manuel Muñoz Martínez, con el que Araceli no pudo contraer matrimonio al ser hombre casado; era comandante del ejército en la reserva, acogido a la Ley Azaña, diputado por Cádiz en todas las legislaturas republicanas, casado con María Dolores Pérez Martín-Arroyo, padre de tres hijos, grado 33 en la masonería, y desde el 30 de julio de 1936 Director General de Seguridad por designación directa de Manuel Azaña, en cuyo partido militaba, con los gobiernos presididos por José Giral y por Largo Caballero desde el 4 de septiembre, y bajo los ministerios de la gobernación, primero, de Sebastián Pozas, amigo personal, y luego de Ángel Galarza a partir del 4 de septiembre. Manuel Muñoz Martínez tuvo implicación directa en la creación de las «checas» de Madrid desde el 3 de agosto y no pudo controlar los trágicos excesos que en aquellas primeras semanas se cometieron. Cesaría en su cargo el 30 de diciembre del mismo año y pasaría a las órdenes de Azaña como secretario. Posiblemente María Zambrano se refiera a los preliminares que hicieron falta para que Ortega, escoltado por su hermano Eduardo y un grupo de milicianos del Colegio de Abogados, lograra llegar a la estación de ferrocarriles de Madrid, desde donde se dirigiría a Alicante el 31 de agosto de 1936; de este puerto partiría hacia Marsella, desde esta ciudad hacia Grenoble y luego hacia Holanda. Por el momento de esta huida, como la califica Javier Zamora (2002: 413), hemos de entender que la ayuda de la que habla María Zambrano se refiere también a lo relacionado con el «Manifiesto de la Alianza de Escritores Antifascistas para la Defensa de la Cultura», al que se añadió una «Adhesión», cuyo tono más suave había sido obra de Ortega y de la misma Zambrano con el fin de que este lo firmara. Ortega vivía por entonces en la Residencia de Estudiantes y estaba aquejado de problemas de hígado y de piedras en la vesícula. En la nota 68 del libro (2011: 136-137) los editores aclaran algunos detalles de lo que en esta carta solo se esboza. También se puede leer lo recogido por Zamora Bonilla, J., o.c., págs. 411-413.



Me acordé también de ti leyendo el admirable ensayo «Velázquez pájaro solitario» de mi amigo Ramón Gaya a quien quizás conozcas; pues porque hace una crítica del pensamiento de Ortega en el arte o sobre el arte y Velázquez dura, pero, desgraciadamente, justísima. Casi resulta un homenaje, porque le da la importancia que tiene y le dice cosas verdaderas sin encono, más bien sintiendo que sea así. No conozco aún lo tuyo, y así te digo que es la única crítica que yo he conocido hasta ahora certera, con-digna [Tal vez quiso escribir: con dignidad.] (págs. 199).

Una mención de pasada se encuentra en la carta vigésimo quinta, del 9-II-1969, en la que habla de la muerte de Mariano Quintanilla, viejo amigo de ambos, de Pablo y de María, del que recuerda uno de sus encuentros en el domicilio de los Zambrano en Plaza de los Carros de Madrid, cuando ella estaba enferma de tuberculosis. Quintanilla era, al parecer, un hombre al que no le gustaba escribir, sino que se abstenía, como hacía también, a veces, su padre. Y esta abstención y estoicismo le recuerda algunos escritos en los que ella hablaba de esa actitud de abstenerse de escribir. Dice Zambrano:

La abstención de mi Padre era otra, muy paradójica por cierto. La observé si no me doliese tanto, mas aparece por aquí y por allá en muchas de las páginas que he escrito –sobre el estoicismo por ejemplo, en el ensayo sobre Ortega también, cuando hablo de Molinos... en muchos lugares aletea y planea en su retirada, esa paradójica abstención (pág. 205).

En la carta vigésimo octava, del 25-I-1970, entra Zambrano en la crítica que Pablo de Andrés hace de Ortega y le traslada con más concreción su desacuerdo; de todas formas, será el juicio de Zubiri el que más desacuerdo le merezca, pero nos centraremos solo en el pasaje donde escribe sobre Ortega, que dice:

Recibí tu libro unos muy pocos días antes. Como es natural me lancé sobre el ensayo acerca de Ortega. Y, en verdad, como ya te he dicho otras veces, no comprendo tus sospechas acerca de mi juicio. No he sido «orteguista ni orteguiana» y bien claro está en mi conducta y en mi modesta obra. Discípula, sí, y le agradeceré siempre y lo diré siempre que al caso venga y a veces sin venir lo mucho que le debo y lo muchísimo que España le debe, cosa esta última que tú antes afirmas que niegas. Tu visión de Ortega es limpia y límpida, dolorida. ¿Qué le vamos a hacer? Se esperaba de él mucho, porque mucho había dado, se esperaba eso que tú dices: algo esencial fuera en silencio y en obra filosófica que prometida y enunciada estaba, u otra cosa. No sé cómo no te he dicho lo muy doloroso que para mí fue el que no se quedase en su Estoril, si allí se encontraba menos mal. Pero todo está en esto: no aceptó nunca, nunca el exilio, ser exilado. ¿Qué me va a parecer a mí que lo soy, no que lo estoy? Él a mayor abundamiento y más porque en la Guerra civil guardó el silencio que guardó. El doctor Gustavo Pittaluga que durante la guerra se mantuvo en Francia sin decir palabra, optó por el exilio cuando llegó la hora de salir de ella, y en el exilio ha

muerto porque así lo quiso, llegando hasta no volver a su Italia –de donde partió ya médico– para no dejar de ser y de morir como refugiado español. Y pasó las negras en La Habana –nada de «lecho de rosas»–. Ha sido mi mayor amigo y compañero en el exilio y quizás de toda mi vida, saltando por encima de la inmensa diferencia de edad. Era grande amigo de Ortega y juntos hemos llorado por él. En cuanto a la obra [de Ortega], pocos sabrán como yo, cómo la dejó y no solo de inconclusa sino de difícilísima coherencia, lo sé muy bien. Tú no puedes saberlo porque no crees que fuera filósofo de raíz, sino más bien retórico. Yo creo que era filósofo y que la capacidad de hablar ante las gentes no merma en nada este ser. Me avergüenza un poco decirte que he hablado durante todos los años que he tenido que hacerlo, mejor que he escrito. Y yo no sé si soy filósofo, pero sí sé que lo han sido muchos que hablando dieron más que escribiendo. Sócrates, el primero, y otros que escribieron y hablaron ante todo. Se trata de una tradición mediterránea. Pero tenemos a Fichte y a Hegel cuyas lecciones eran arrebatadoras, sin hablar de la breve vida profesoral de Nietzsche. Y Kant tampoco era mudo ni aburrido, hechizaba. Gaos fascinaba hablando, lo que no le sucedía escribiendo. Zubiri se imponía hablando entonces: después no sé. Y Heidegger y Jaspers. Y tú dirás que hablando de filosofía, pero repasa la lista y verás cómo también muchos de los que cito, han hablado... de lo que tenían que hablar. // Solo esta disparidad tengo con tu «Juicio». En cuanto a la esencialidad, también creo que [Ortega] es esencial, lo que no niegas. Entiendo tu sentido del hombre esencial para España, pero esto sería demasiado largo. [...] Fíjate lo que Ortega perdió cuando se dejó llevar por el didactismo que parece engendre inevitablemente esa manera de juzgar como en un tribunal. Cuando se enseña es difícil librarse de ello y más difícil aún cuando se teme no ser entendido, estar cercado por la desatención o la malevolencia o las simples ganas de no entender. Por eso es muy bueno olvidarse de todo al escribir (págs. 214-216).

En la carta trigésima del 22-3-1970, Zambrano repite nuevamente algunos comentarios en desacuerdo con los juicios de Pablo de Andrés y le explica brevemente los argumentos:

Sigo sin estar enteramente de acuerdo con la valoración de Ortega y especialmente con el contraste que brevemente estableces con él en el ensayo sobre Zubiri. Verás, sucede que hay una procesión que atraviesa la historia y aun la vida particular, la Vida pues, formada por los que llevan la cruz, por los que cargan con ella. Todos los que de verdad la llevan, caen, y no todos para levantarse, a imagen y semejanza. Y hasta algunos la dejan para ir a echarse una copa como, según mi Madre me contaba, hacían los que llevaban las andas de los pasos de la procesión en mi pueblo. Mas aun a estos, a cuya clase es evidente que Ortega no pertenece, me merecen mayor respeto y me inspiran una superior simpatía que los que no llevan sobre sus hombros cruz alguna, como es el caso de Zubiri en la vida pública de España –a su vida personal para nada me refiero, la respeto simplemente–. Don José se echó a pecho[s] el cáliz de ser español por todos, para todos. Lo hizo como... pudo. Y creo saber como pocos cuándo comenzó a no poder bebérselo entero. Claro que este cáliz no perdona y me imagino que Zubiri se lo habrá tenido que sorber también, pero no «salió al cami-

23. Se publicó en versión italiana en la revista *Settanta. Mensile di cultura, politica, economia*, año 11, n.º 18, noviembre 1971, Roma, págs. 37-50; véase también Martín, F.J., o.c., págs. 248-275, después de que fuera traducido al italiano. Su título era «Ortega y Gasset e la ragione vitale». Del texto mecanografiado castellano solo se conservan dos copias realizadas con papel de calco en la Fundación «María Zambrano» (Vélez-Málaga), que aparecen catalogadas con la signatura M-270. El ejemplar mecanografiado sin calco y con modificaciones manuscritas está perdido. De las copias con calco conservadas hizo una parcial edición castellana Mercedes Gómez Blesa (2004) y otra en toda su amplitud Ricardo Tejada (2011), porque añade otras dos hojas y tiene en cuenta las variantes de la edición italiana.

24. *El pensamiento de Antonio Machado en Juan de Mairena*, Madrid, Ínsula, 1971.

no». No se lo reprocho, ciertamente, mas no puede inspirar la compasión de quienes al camino salieron. Y hay más filosofar en Ortega y aun más filosofía, aunque sepa menos. Ya ves, Husserl, le oí decir a Zubiri precisamente, que conocía bastante poca. La cosa es estar en una tradición, como decía el mismo Zubiri. Y como los españoles de filosofía tenemos muy poca, pues tenemos que saber muchísimo y luego liberarnos de este saber para que no nos desvíe o asfixie. // En fin, comprendo que estés contento de tu libro y que personas de valor lo celebren. Y más todavía comprendo que estés feliz escribiendo y escribiendo (pág. 220).

En la carta trigésimo segunda, del 14-10-1970, le habla María a Pablo de varias amistades y anécdotas relativas al poeta Ángel Valente y al filósofo Ferrater, hasta llegar a preguntarle por Julián Marías, del que no sabía nada. Solo la mención de Marías le da pie a Zambrano para contarle que está terminando la redacción de un largo artículo sobre Ortega para una revista italiana.<sup>23</sup> La intención de Zambrano es, además de exponer una síntesis de la razón vital, rescatar algunas obras de Ortega, en particular, *La rebelión de las masas*, *Ideas y creencias*, *Ni vitalismo ni racionalismo*, *Vitalidad, alma espíritu, El ocaso de las revoluciones*, pero no tenía en su casa de La Pièce nada de Ortega. Dice así:

Yo estoy al terminar un larguísimo ensayo sobre Ortega que me han pedido de una revista italiana; no estaba para ello, pero la lealtad me obligó, lo comencé con grandísimo esfuerzo bien pronto sobrepasado. He procurado «encajar» dentro de su pensamiento, claro, «La rebelión de las masas» y sí, creo que no se haya hecho hasta ahora así por nadie, ni tan siquiera por él mismo. Lo que no es de extrañar en él, pues que a veces el estar dentro de un pensamiento embarga y se reitera lo que no haría falta y se dejan sin atar ciertos hilos necesarios para cerrar el dibujo. Te recomiendo que releas «El Ocaso de las Revoluciones» y especialmente unas paginitas al final de una especie de Apéndice. No tengo aquí nada de Ortega, ¡fíjate! Ya verás qué profecía sobre el «envilecimiento» que sigue al fracaso de la revolución y al apagamiento del entusiasmo; tampoco que yo sepa nadie lo ha recogido (págs. 237-238).

Una última referencia a Ortega aparece en la carta trigésimo séptima, del 26-12-1971, en la que Zambrano felicita a Pablo de Andrés después de haber recibido y leído el último libro de este,<sup>24</sup> en el que ha llamado su atención la presencia de Virgilio. La carta sirve también para informarle de que Araceli está ingresada en un hospital de Ginebra a causa de la aparición de un mieloma y que el pronóstico no es bueno. Tras esta difícil y penosa información, le habla de que ella tiene que vivir con confianza, más que con simple esperanza; y se introduce en el ámbito intelectual cuando pasa a contarle que desde el siglo XVII Occidente ha ido restringiendo los canales del conocimiento y como contrapartida surgieron los empirismos, sensualismos, materialismos y el estructuralismo, del que dice que «nos quiere persuadir de que no hay creación —*poiesis*—, sino estruc-

tura encarceladora». Expresa su deseo de escribir una teoría del conocimiento, en la que entren otros saberes irrenunciables. Aparecen de nuevo las referencias directas e indirectas al maestro como cabía esperar y dice:

Desde la primera línea que yo haya escrito y concretamente desde «Hacia un saber sobre el alma» —*Revista de Occidente* año 34, me parece— pido, clamo por un saber más amplio en el que la conciencia, la Razón, haga suyos otros saberes *irrenunciables* como los de la poesía, las religiones, la mística... en fin que el conocimiento torne a recoger la revelación, las revelaciones todas. Me costó grandes sinsabores la publicación de este ensayo. Y la de «Filosofía y poesía», que no creo [que] tú conocieras —pienso que no dispondría ya de ningún ejemplar cuando entré en relación epistolar contigo— que declaradamente así lo reclama y procura, me costó también disgustos, y hasta algún comentario agresivo de algunos cofrades. No me amilané, porque me sabía y me sé aún bastante «heterodoxa». Lo que no impide que otros consideren que mi pensamiento no hace más que seguir el de Ortega o al de Ortega. Y, en verdad, siendo discípula suya, como lo soy antes que de él, de mi Padre, he caminado siempre por mi cuenta —debiéndoles siempre, y siguiendo a mi Padre íntimamente—, sin poder remediarlo (pág. 264).

### Primeras conclusiones

Las páginas anteriores son una muestra, múltiple y diversa, una muestra nada más, del magisterio que las enseñanzas universitarias, la obra escrita y la vida de José Ortega y Gasset representaron para María Zambrano desde su primera juventud, cuando empezó a leer escritos de Ortega no solo de su primer libro, que su padre tenía sobre la mesita de noche, sino también los que publicaba en periódicos. La vida de María Zambrano se define por su compromiso en todos los ámbitos: filosófico, universitario, social, político, religioso..., y ello le viene seguramente porque desde niña vio en su casa, en su familia, en su padre sobre todo, el ejemplo de un maestro, hombre comprometido con la vida y con la sociedad; por eso lo recordaba en sus escritos en cada oportunidad que se le presentaba. Del mismo modo, salvadas las diferencias, Zambrano vio en Ortega la paternal encarnación de la figura de profesor, de maestro, igualmente comprometido con su vocación docente y con su acción social; si a ello se une la transparencia de sus expresiones orales y escritas, su claridad en la explicación de la historia del pensamiento del hombre occidental, genuina en Ortega, comprenderemos que Ortega y Gasset sea para ella un punto de referencia siempre en su quehacer filosófico, como lo era su padre en lo relativo a su educación y a lo familiar, en la forma de pensar y en la forma de sentir.

Aparece igualmente en estas cartas la posición clara de Zambrano al distinguir su quehacer filosófico del de su maestro y, como ella misma reconoce, es a partir de su artículo de 1934 «Hacia un saber

sobre el alma», cuando ella compagina lo que sigue aprendiendo de Ortega con lo que va descubriendo por sí misma. Pero estos descubrimientos no son un pensamiento contrario al de Ortega, sino «distinto»: lo pático, el ámbito humano de los sentimientos, en los que ella se introducirá y sobre los que ofrecerá un panorama más enriquecedor que el ofrecido por su maestro, surge porque Zambrano está educada en un ambiente muy distinto del vivido por Ortega; ella vive con la poesía de Antonio Machado, al que ve y escucha hablar con su padre; ella vive con la poesía y la reflexión trágica de Unamuno, al que lee desde muy joven, al que pudo escuchar también; ella vive y se entusiasma con la poesía y amor de su primo Miguel Pizarro; ella vive la poesía antes que el pensar filosófico; no solo la lee y la disfruta; la vive. Y esa vivencia poética tenía que reflejarse en su quehacer filosófico posterior, porque de no ser así, estaría negándose a sí misma, estaría negando su propia vivencia.

Lamentablemente solo disponemos de su relación con Pablo de Andrés Cobos desde aquel encuentro y desencuentro de 1930, con motivo de la publicación de su primer libro sobre el liberalismo. La afición de Pablo de Andrés por la poesía seguramente debió tener mucho que ver en aquella reseña y en la posterior correspondencia epistolar que ahora podemos leer; admiraba a Unamuno y hubiese sido suficiente para entablar una *sym-pathía* con María; pero admiró también a Antonio Machado y a otros poetas de principios de siglo, lo que mantendría viva esa conexión *sim-pática* con su antigua amiga, ahora «filósofo».

No se acaban los comentarios de este epistolario en estas páginas. Está claro que en las cartas de ambos hay más ideas, otros pensamientos que merecen nueva lectura y más reflexiones.

